

A veces prosa

Romancero de la guerra de Independencia

Adolfo Castañón

PRÓLOGO

En la primaria, además de leer, escribir y contar, se enseñaría “catecismo religioso y político”, primer anuncio de esa religión de la patria tan cara a Justo Sierra y su generación y que fue el sustituto local de aquella otra religión de la humanidad tan cara a Augusto Comte y quizás a Barreda.

Edmundo O’Gorman, *Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México 1910*.¹

I

“Hidalgo —dice Jean Meyer— nunca es —peró que a los ocho días del levantamiento tendría un grupo de cien mil personas con él, ni el baño de sangre que se dio en la Alhóndiga de Granaditas. A Hidalgo lo acompañaron en su movimiento familias enteras como si fuese una peregrinación, aunque no sabían a qué se iba pero le tenían confianza al cura y a la virgen”.² El revuelto movimiento rebelde y emancipador acaudillado por el cura Hidalgo pasó muy pronto a la categoría de revolución cuando fray Servando Teresa de Mier escribió su *Historia de la revolución de Nueva España*.

II

El *Romancero de la guerra de Independencia* (1910) es una de las tres obras publi-

¹ Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filosóficas, Programa de Maestría y Doctorado en Filosofía, México, 2010, p. 6.

² Jean Meyer, “Los festejos del Bicentenario no deben convertirse en una operación política” en *La Jornada*, México, 18 de mayo de 2010, p. 17.

cadas por el editor mexicano Victoriano Agüeros (1854-1911) con motivo de la celebración del Centenario de la Independencia, dispuesta y patrocinada por el gobierno encabezado por el general Porfirio Díaz. A diferencia del Romancero tradicional castellano el *Romancero de la guerra de Independencia* no es una obra anónima. Se compone de al menos cuatro fuentes o conjuntos concentrados y organizados por el editor: 1. Los poemas y romances que a instancias de los redactores de periódicos como *El Federalista* y *El Domingo* fueron escribiendo, a partir de 1873, algunos autores como Manuel Acuña, Vicente Riva Palacio, José Rosas Moreno, José Peón Contreras, Ramón Valle, Manuel Gutiérrez Nájera, Francisco Sosa y Justo Antonio de Olaguíbel. 2. A ese primer grupo se añadió un conjunto de otros romances cuya publicación se remonta a las tres o cuatro primeras décadas del siglo XIX (1830-1840) y que “tienen la particularidad de haber sido los primeros que se escribieron sobre asuntos de la guerra de Independencia”, a pesar de que presentan “escaso mérito literario”, como pueden ser los textos de Jesús Díaz (1844) y del poeta tapatío Pablo J. Villaseñor (1851). 3. A ese segundo conjunto se agregaron los romances escritos por Guillermo Prieto en su obra *Romancero Nacional* de 1885. 4. Por último, el cuarto grupo de romances se debe a autores contemporáneos del editor. El *Romancero de la guerra de Independencia* no incluye aquellas expresiones líricas, identificadas o anónimas, compuestas al fragoroso socaire del fuego, tales como las canciones dedicadas a Carlos IV, el sitio de Cuautla y Morelos.

CANCIÓN DE CARLOS IV³

(En 1808, cuando se dijo que venía a refugiarse a México, al poco tiempo de inaugurarse su estatua, llamada popularmente El Caballito de Troya).

Ya con cabeza de bronce
lo tenemos en la plaza.
Venga y le tendremos con
cabeza de calabaza.

Dicen que de gobernante
no tiene más que el bastón,
mas le falta de hombre un poco,
ya lo asusta Napoleón.

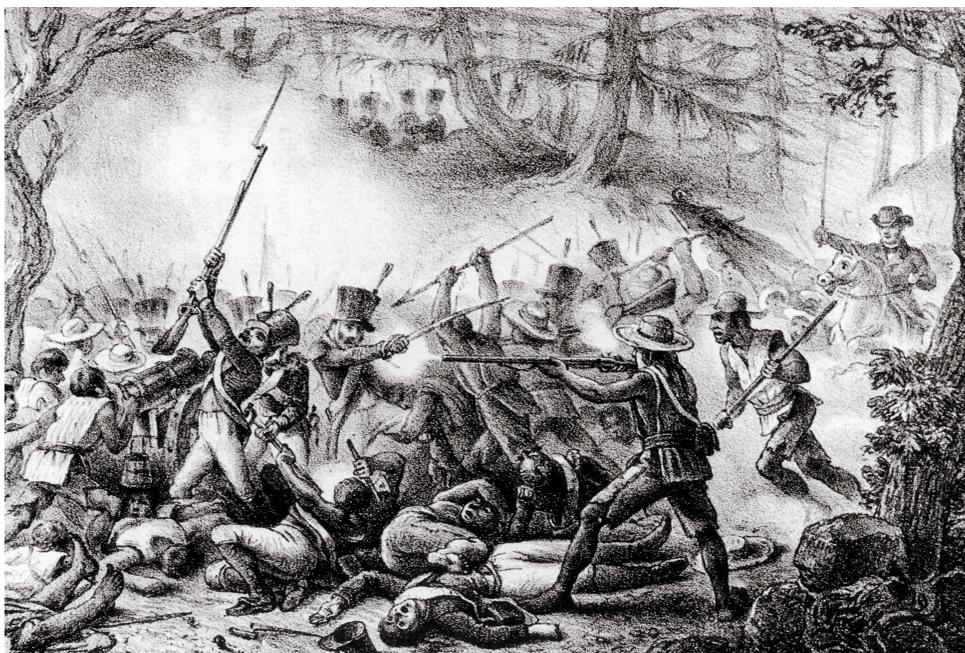
Si viene es un disparate,
quédese en su madriguera,
no queremos ya mandones,
vestidos de hojas de higuera.

Si hubiera revolución
en la tierra de Colón,
fuera una desproporción
la venida del panzón.

CANCIÓN DEL SITIO DE CUAUTLA (1812)

Ya viene Calleja
con sus batallones
agarrando viejas
por los callejones.

³ “Guerra de Independencia (1810-1821)”, *Ómnibus de poesía mexicana*, Gabriel Zaid (presentación, compilación y notas), Siglo XXI Editores, México, 1971, pp. 163-165.



S. Hernández, H. Iriarte, *Batalla de las Cruces*, siglo XIX

Soy soldado de Iturbide,
visto las tres garantías,
hago las guardias descalzo
y ayuno todos los días.

EL GENERALÍSIMO MORELOS⁴

Oíd, hijos de México
la historia triste y mísera
de aquel generalísimo
“Mártir de Ecatepec”.

Era en el año undécimo,
cuando la gran metrópoli
del virreinato tétrico
gobernaba a la vez
(debió decir: gobernaba la ley).

Soy mexicano y pertenezco
por mi nacionalidad
al pueblo ilustre donde Hidalgo
“Independencia” proclamó.

A mí me importa la grandeza
de ese gran libertador
que ha desterrado la fiera
del ibero y del francés.⁵

⁴ Procede del estado de Morelos, hacia 1914. Cantó Rufino Tamayo. Comunicó el profesor Ángel Salas, México, D.F., abril de 1939. En *La canción mexicana...*, *op.cit.*, pp. 268-269.

⁵ El texto aparece depurado por el transcurrir del tiempo y hay que hacer notar que fue recogido en plena “revolución zapatista”, por individuos iletrados. Por

No es la elocuencia ni el saber
lo que me dicta en la ocasión
hablar de un hombre que a la vez
y que a la vez no existe ya.

A mí me importa la grandeza
de ese gran libertador
que ha desterrado la fiera
del ibero y del francés.

Confluyen en esta arca épica al menos cuatro generaciones de escritores y poetas, cuyo común denominador es el entusiasmo. Dadas las creencias de la época en relación con la institución literaria, don Victoriano Agüeros dejó fuera un conjunto de canciones, romances, sones, corridos, marchas, chilenas y jarabes, la mayoría anónimos, dictados por el ánimo de la resistencia popular al socaire de la revolución de Independencia y que son ciertamente como el caldo de cultivo del que surgirán más tarde los romances incluidos en este volumen. Algunas de dichas expresiones se consignan en el Anexo I del *Romancero*.

Los romances incluidos en esta selección acuñan y estampan imágenes heroicas y memorables cuyo eje son los héroes (Hidalgo, Morelos, Matamoros, Allende,

razones de rima el último verso debió decir: “del ibero y del traidor”. Entonces es posible que haya tenido una versión patriótica de los años de la Intervención Francesa.

Nicolás Bravo, José Antonio Torres, El Pípila) o los lugares de la memoria épica como Dolores, Cuautla, Atotonilco, Zacoalco, el Castillo o Alhóndiga de Granaditas y Quecholac. Los romances incluidos son como los instrumentos activos en la fragua y fabricación de la patria o de la “comunidad imaginada” de la nación.

Libro colectivo, *El Romancero de la guerra de Independencia* expresa la sensibilidad y la memoria colectiva de un país-paisaje cuyos pactos fundadores —la libertad, la justicia, la igualdad, la equidad, el orgullo nacional— se cristalizan en estos tómulos de letras que son como las estaciones de un itinerario colectivo. A medio camino de la expresión anónima, oral y popular —como la que se manifiesta en las canciones anónimas de la resistencia popular— y de la leyenda transmitida por vía oral épica y escrita, el conjunto de romances aquí reunidos es un buen escaparate de las creencias, los valores, los vaivenes, los pronunciamientos y las formas de expresión compartidas por cuatro generaciones de poetas nacidos en México.

En la época en que compuso este *Romancero* el entusiasmo cívico era generalizado. Poetas como Manuel Gutiérrez Nájera escribieron canciones y poemas en honor de los héroes de la Independencia. Hidalgo y la Corregidora fueron objeto de la atención lírica del fundador mexicano del modernismo: Manuel Gutiérrez Nájera.⁶

A HIDALGO⁷

Mil veces, Padre, en la nocturna calma,
Del encinar bajo la sombra fría,
O en los mares del Trópico, tu alma
Habló calladamente con la mía.
Y veces mil junto al rojizo fuego,
En la verde planicie y en el monte,
Como la sombra de Elphenor el griego
Te he visto descender del horizonte.
A mí te acercas: hasta el cuello sube
Tu ropaje talar, blanco y sencillo;

⁶ *Poetas de Manuel Gutiérrez Nájera*, tomo II, Librería de la Vda. de Ch. Bouret (Biblioteca de Poetas Americanos), París, 1918, pp. 12-14 [edición autorizada por la viuda del autor].

⁷ Manuel Gutiérrez Nájera, “A Hidalgo”, *Poetas de Manuel Gutiérrez Nájera*, *op.cit.*, pp. 229-230.

Con religioso sobresalto avanzo,
Asir la fimbria de tu veste alcanzo,
Y besando tu mano, me arrodillo.
¡No, Padre, no! La voluptuosa Musa
Que mis cantos eróticos inspira
Acobardada y trémula, rehusa
La pindárica lira.
Es ninfa alegre cuya breve planta
Huella los myrthos y el laurel en Creta,
Es parda alondra que amorosa canta
En el balcón abierto de Julieta.
Es la Musa del goce y de la vida;
Su labio moja lúbrico falerno,
No es la Musa robusta de los bravos
Que apura, en las veladas del invierno,
El áspero licor de los esclavos.
Déjala, pues, en su Tibur dormida,
O vagar, agitando el áureo tirso,
En la marmórea desnudez helena;
Su voz, a los amores consagrada,
Se eleva, como canto de sirena,
A los jónicos ritmos ajustada.
[...]

A LA CORREGIDORA⁸
(1895)

Al viejo primate, las nubes de incienso;
Al héroe, los himnos; a Dios, el inmenso
De bosques y mares solemne rumor;
Al púgil que vence, la copa murrina;
Al mártir, las palmas; y a ti —la heroí-
[na—
Las hojas de acanto y el trébol en flor.

Hay versos de oro y hay notas de plata;
Mas, busco, señora, la estrofa escarlata
Que sea toda sangre, la estrofa oriental:
Y húmedas, vivas, calientes y rojas,
A mí se me tienden las trémulas hojas
Que en gráciles redes columpia el rosal.

⁸ “Esta poesía, la última del señor Gutiérrez Nájera, fue escrita para ser pronunciada por una señorita al colocarse la primera piedra en el monumento que se está levantando a la Corregidora Josefa Ortiz de Domínguez en el jardín de Santo Domingo, de esta capital”.

¡Brotad, nuevas flores! ¡Surgid a la vida!
¡Despliega tus alas, gardenia entumida!
¡Botones, abríos! ¡Oh mirtos, arded!
¡Lucid, amapolas, los ricos briales!
¡Exúberas rosas, los pérsicos chales
De sedas joyantes al aire tended!

¿Oís un murmullo que, débil, remeda
El frote friolento de cauda de seda
En mármoles tersos o limpio metal?
¿Oís?... ¡Es la savia fecunda que ascien-
[de,
Que hincha los tallos y rompe y encien-
[de
Los rojos capullos del príncipe Abril!

¡Oh noble señora! La tierra te canta
El salmo de vida, y a ti se levanta
El germen despierto y el núbil botón;
El lirio gallardo de cáliz erecto;
Y fúlgido, leve, vibrando el insecto
Que rasga impaciente su blanda prisión!

¡La casta azucena, cual tímida monja,
Inciensa tus aras; la dalia se esponja
Como ave impaciente que quiere volar,
Y astuta, prendiendo su encaje a la pie-
[dra,
En corvos festones circunda la yedra,
Celosa y constante, señora, tu altar!

El chorro del agua con ímpetu rudo,
En alto su acero, brillante y desnudo,
Bruñido su casco, rizado el airón,
Y el iris por banda, buscándote salta
Cual joven amante que brinca a la alta
Velada cornisa de abierto balcón.

Venid a la fronda que os brinda hospede-
[daje
¡Oh pájaros raudos de rico plumaje;
Los nidos aguardan; venid y cantad!
Cantad a la alondra que dijo al guerrero
El alba anunciando: ¡Desnuda tu acero,
Despierta a los tuyos... Es hora... Mar-
[chad!

No son, no eran, no podían ser los autores congregados en este romancero juglares o bardos errantes por los territorios y armados de arpas o guitarras. Son más bien verificadores didácticos o mundanos corresponsales en verso de la memoria colectiva que se vierte y acuña en textos de índole cívica y de talante ritual.

Si “Romancero” es según el diccionario una colección de romances, y “romance” es una composición anónimaailable o cantable, generalmente en octosílabos, cabría pensar que el *Romancero de la Independencia* aquí reproducido es más bien un conjunto de poemas cívicos y de épica intención que fueron compuestos (casi todos) muchos años después de ese movimiento increíble —en primerísimo lugar para sus mismos organizadores— que fue la Independencia.

Como en toda manifestación popular se dieron espontáneamente canciones y romances para ir celebrando al calor y socaire de las batallas aquellos episodios dramáticos y heroicos. Dichas composiciones fueron naturalmente anónimas y se fueron adobando, por así decir, cobrando leyenda y pátina con el paso del tiempo y el cambio de lugar geográfico. Si el día de hoy algún investigador quisiera intentar un romancero de la Independencia, desde luego tendría que tomar en cuenta las contribuciones de los historiadores de la música y del folclor.

El *Romancero de la guerra de Independencia* que aquí se reproduce tiene un trasfondo o paisaje conceptual en las ideas de Justo Sierra, Gabino Barreda y Auguste Comte, pues en cada uno de estos poemas y textos se afirma y transparenta en su dimensión local, nacional y aun regional y municipal el proyecto de una “religión de la humanidad”, promovido en clave nacional por los abogados del positivismo. Estos poemas forman parte del caudal de poemas y piezas literarias escritos en ese horizonte didáctico. ■

Como en toda manifestación popular las canciones y los romances se dieron al calor y socaire de las batallas.